

Sergio Raúl Arroyo


¿El 68 es ya objetivo de una arqueología que revisa los restos de una revolución global? ¿Es el agua amarillenta de algo que alguna vez fue sangre? ¿Se trata de una trama inexorablemente inconclusa apagada por la represión, el desánimo y la nostalgia? ¿Fue un fenómeno social atenuado por el ejercicio de las nuevas formas de la política?. Puede afirmarse que hace cuarenta años el mundo era otro, la efervescencia revolucionaria, más allá de triunfos y derrotas, mostraba un mundo sacudido del que daban cuenta numerosos episodios de la Guerra Fría —en cuyo centro estaba la guerra en Vietnam— y dejaba ver las marcas del fin de una época (la posguerra) y el principio de otra (tal vez eso que se ha llamado la posmodernidad), señalando el paso a un tiempo de transición que venía gestándose desde los años cincuenta y que se expresaba en corrientes del pensamiento y movimientos sociales que impactaban las concepciones tradicionales de la relación gobierno-sociedad, la comunicación, la vida cotidiana (en cuyo núcleo se encontraba la familia y el trabajo) y la educación.

No obstante las epopeyas propagandísticas e ideológicas de aquel tiempo, los dos grandes imperios que dominaban el planeta perdían credibilidad día a día, especialmente en comunidades proclives al pensamiento crítico. Praga, Indochina, París, México, Berkeley eran los nombres que llegaban puntualmente al encuentro con la historia. Tanto el bloque capitalista como el socialista reprimieron con vehemencia las protestas y sofocaron sistemáticamente los signos de rebeldía. Pero el 68 había desencadenado un impulso vital que dibujaba las proyecciones iconoclastas que han formado parte activa de la cultura del último tercio del siglo XX y de los primeros años del XXI: la contracultura como una alternativa existencial, con el consiguiente rechazo de los modelos de asepsia moral de los conservadores; una aguda relativización de los valores políticos, caracterizada por el escepticismo; la liberación sexual; la caída de los linderos entre la Alta Cultura y la cultura en general; la vinculación tajante entre política y vida cotidiana; la pregunta, cada vez más incisiva, por el papel de la técnica en la sociedad contemporánea, etcétera. Independientemente de que estos factores críticos operen de modo desigual en los distintos sectores de la sociedad, de manera indiscutible pueden verse como detonadores de voluntades y cambios que marcan un momento de la historia.

En la segunda mitad de los sesenta, México había alcanzado una estabilidad económica inédita en su historia. Con la divisa “el milagro mexicano”, los propagandistas gubernamentales, entre los cuales se encontraba de modo indisoluble la prensa, buscaban definir una situación del desarrollo nacional que no dejaba dudas en cuanto a la

superación del oprobio que supone el subdesarrollo. No obstante, en el territorio de la política el país no contaba con las estructuras ni los signos mínimos de una modernidad democrática: partido único en el poder; cancelación de una oposición política real, y consecuentemente de cualquier posibilidad de alternancia; corporativismo sindical y periodístico; control educativo y una rigidez gubernamental a toda prueba que proyectaba su sombra teológica sobre la vida de la población.

El Movimiento Estudiantil no sólo fue el catalizador o la puesta en evidencia de las taras de un sistema político, sino que también fue una inyección de energía transformadora que, más allá de sus reivindicaciones inmediatas, trazó una perspectiva sobre las nuevas posibilidades de la imaginación social, proponiendo un esbozo de lo que pudiesen ser las relaciones con un Estado menos despótico, autoritario y lejano que el de 1968. Pero el sueño se truncó. Tlatelolco es el rostro de un tiempo, donde un poder casi religioso se ubica por encima de la vida y de cualquier forma de expresión crítica, es el tiempo en el que prevalece la impunidad y la fuerza como formas inherentes a la idea de gobierno. Las semillas de una transición política aún no germinan y los gobiernos continuaron trastabillando por los caminos hacia una democracia más conceptual que práctica. Sin embargo, lo ilusorio, circunstancial o fugaz de la revuelta estudiantil no mina su significado en la cuenta larga de la historia mexicana, convirtiéndola en un formidable eco de las voces de la disidencia y en un claro referente de las luchas por la justicia social y las libertades individuales y colectivas, en un contexto en el que dominan las contradicciones y la desigualdad.

El Movimiento Estudiantil de 1968 no es patrimonio de un grupo ni de una corriente política. Es ya un valor activo de nuestra historia y, por lo tanto, un eje de reflexión. Aún queda mucho por averiguar de lo que realmente ocurrió. Me parece que, tal como lo ha entendido la Universidad Nacional Autónoma de México con el Memorial del 68, el Movimiento es un umbral para comprender el sentido de la rebeldía en la transformación de las relaciones humanas. 

Sergio Raúl Arroyo García (Ciudad de México, 1953). Mexicano, etnólogo egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en donde cursó el Doctorado en Arte y Antropología. Ha sido profesor en la ENAH, la UNAM, la UAM, la Universidad Iberoamericana y la Universidad Intercontinental, y es miembro de la Academia Mexicana de Ciencias Antropológicas. Es autor o coautor, entre otros, de los siguientes libros: *Andrei Tarkovsky: tiempo sagrado, tiempo profano, Aproximaciones a la modernidad, La Lotería de San Carlos, Mirada y memoria*. Fue Director General del Instituto Nacional de Antropología e Historia y es actualmente Director General del Centro Cultural Universitario Tlatelolco de la UNAM. Recientemente recibió la condecoración de la Orden Isabel la Católica que otorga el gobierno de España.

